

# Vejez, una verdad excluida en la moral colectiva

VERÓNICA MONTES DE OCA



A Fanny

**A**l parecer dos condiciones acompañan la existencia del mayor sector envejecido de la población: el ser mujer y vieja, situación a la que muy probablemente se suma el estigma de pobreza y enfermedad. La situación se inscribe en una (i)lógica social de un país que no termina de experimentar desagradables cambios económicos, que vive una etapa de incertidumbre sociopolítica y que se aventura en el deterioro de su identidad y seguridad colectiva. El momento enmarca la situación cultural de ser mujer, la vivencia de la última etapa de la vida y el producto acumulado de los años pasados, lo que hace increíblemente difícil y compleja la situación de las mujeres en la vejez.

En México la generación de mujeres nacidas por lo menos hace 60 años, enfrentó el complicado juego de ser madres, esposas e hijas, situación que permeó su identidad y construyó un espíritu de sacrificio en donde su cuerpo, pensamiento y acción parecen haber estado desde hace más de cinco décadas al servicio de los otros. La dependencia derivada de su limitado acceso escolar, participación económica y relativa toma de decisiones, les fabricó un espacio mediado por la subordinación; situación que adquiere grave sentido cuando también se alcanza la vejez, se vive la despedida del cónyuge y los hijos, y cuando comienzan a mostrarse los principios del deterioro físico y mental.

A mitad de la última década del siglo, las ancianas de esta generación en su mayoría viudas, con escasos recursos económicos, casi no tienen propiedades, y en edades muy avanzadas presentan graves problemas en su estado funcional. Son población cuyo curso de vida se remitió a la crianza de un gran número de hijos, 5 ó 6 por mujer, y presto que conocieron la

vida matrimonial a edades tempranas han pasado la mayor parte de sus vidas al servicio familiar. En edades avanzadas un tercio de la población puede ser jefa de hogar, y cerca de una décima parte reside sola. No se trata de evidenciar simplemente el perfil de dicha población sino el efecto que tiene en un modelo de desarrollo social que si no las ha considerado desde jóvenes menos ahora envejecidas.

En nuestra sociedad la vejez aparece como un claro prejuicio, sostenido por un sistema mercantil acostumbrado al lucro, la explotación y el despilfarro. La vejez se margina ante el poder permanente que utiliza la juventud, la fuerza y el estereotipo de la belleza. Los medios de comunicación han usado comercialmente al cuerpo como apariencia y han permitido el miedo de la sociedad hacia la vejez y la muerte. Por ello la población envejecida se siente marginada, se considera una carga y muchas veces un estorbo. La infraestructura urbana los insulta permanentemente, les recuerda su constante enfrentamiento, les discapacita y esconde. Para los viejos la tecnología doméstica se detuvo años atrás cuando el botón de encendido aparecía como tal.

La percepción sobre la vejez en nuestro país, si bien ha alimentado el que la población anciana se considere estorbo social, la situación se acrecienta cuando su entorno inmediato es de espacios ajenos. Las cosas le pertenecen a otros y debes pedir permiso en acciones elementales en la vida. Todo empeora cuando el cuerpo tampoco le pertenece al viejo, cuando no obedece a los deseos de la mente, cuando la funcionalidad elemental e íntima en la vida del ser humano queda expuesta a los otros. La necesidad económica puede ser un grave problema pero no hay situación más deprimente que no poder salir de casa, bañarse ni comer cuando queda prohibido médicamente; en ese momento la percepción sobre la vida cede a un empobrecimiento material y general en esta etapa.

Si bien es cierto que tanto hombres como mujeres experimentan en la vejez una serie de transiciones familiares e individuales que transforman el sentido de la vida, también es verdad que las características propias de las mujeres mexicanas manifiestan su crudeza una vez alcanzado un mayor número de años de existencia. De tal modo que la construcción cultural del género femenino, aunado al menospreciado estado de vejez, permiten una combin-

ción especialmente difícil cuando se añade pobreza y enfermedad.

El contexto económico en el que vive el país no les ha sido favorable, limita la diversidad de su alimentación, enfatiza la malnutrición por exceso o deficiencia, desatiende la enfermedad e ignora el deterioro progresivo que resta independencia cotidiana. La pobreza es una situación de la cual son conscientes, luchan por vencerla, actúan esporádicamente y en silencio, pero poco pueden ante la penuria generalizada y la inaccesibilidad del empleo. Muchas están expuestas a accidentes, a engaños, explotación, maltrato e incompreensión. Están dispuestas a perder su privacidad para optimizar sus recursos o facilitar la vida de los demás. A pesar de su situación devaluada son accesibles, sentimentalmente maduras, activas, hábiles para ayudar a los otros, y mejor ubicadas en el mundo que muchos. No obstante, su difícil situación no les quita el ánimo, la alegría de la descendencia, la sensación de tener que hacer más.

La presión que la economía nacional ejerce, el desempleo creciente y el individualismo soterrado, que se percibe en las reformas institucionales, hace cómodo considerar estorbos a todos aquellos que aparentemente no realizan actividades productivas, presión que se retroalimenta en la esfera familiar y coadyuba a una esta-

do de depresión en la vejez. Algunos han propuesto que una solución puede ser la práctica de una "ética de reciprocidad", de continuos programas para el autocuidado a la salud, prevención y preparación física y psicológica para alcanzar la vejez, búsqueda de un espíritu de autonomía emocional, en la salud y financiera. Pero esos programas no serán suficientes si no se da cumplimiento real de los apoyos institucionales, si no se llega a integrar a los viejos en el pensamiento sobre población y desarrollo, si no mejora la calidad de vida y la estructura de oportunidades de la población en general.

En ocasiones la situación de las ancianas se percibe aislada, sin embargo, es una verdad excluida de nuestra moral colectiva. Es una realidad que se asoma cotidianamente a las calles en busca de compañía y asistencia. Es una corteza que se aproxima en nuestra conciencia y debe ser asumida socialmente. La situación de las mujeres en la vejez, de su entorno inmediato amerita mayor estudio, atención política y reflexión social. Es una problemática que debe abordarse desde una perspectiva que distinga las diferencias entre géneros y generaciones y que permita reorientar el pensamiento sobre el tipo de desarrollo social que experimenta la nación en el umbral del siglo XXI. ♀

